

Distr.
RESTRINGIDA

LC/R.647
24 de marzo 1988

ORIGINAL: ESPAÑOL

CEPAL
Comisión Económica para América Latina y el Caribe

ALGUNOS PROBLEMAS ACTUALES DE LA JUVENTUD. ESBOZO COMPARATIVO
DE LA JUVENTUD EN COSTA RICA, HONDURAS, NICARAGUA,
REPUBLICA DOMINICANA Y VENEZUELA */

*/ Este documento ha sido preparado por el señor Edelberto Torres Rivas, consultor de la División de Desarrollo Social de CEPAL. Las opiniones expresadas en este trabajo son de exclusiva responsabilidad de su autor y pueden no coincidir con las de la Organización.

88-3-337

Índice

	<u>Página</u>
1. El carácter múltiple de la condición juvenil.....	1
2. El espacio histórico de la juventud: semejanzas y diferencias.....	4
3. Educación, política y familia: aspectos críticos....	11
4. Nicaragua: la juventud como fuerza social e ideológica.....	17
5. La internacionalización de la cultura juvenil.....	18
BIBLIOGRAFIA.....	20

1. El carácter múltiple de la condición juvenil */

Con la celebración del Año Mundial de la Juventud el tema y el problema se reunieron para subrayar la creciente importancia de la juventud. El tema es un asunto sociológico, vale decir, de conocimiento a través de un ejercicio intelectual. El problema remite a la dinámica social y a las políticas que buscan soluciones plausibles. La celebración institucional se ha realizado respondiendo a la importancia del problema y a la naturaleza temática renovada. No obstante, las investigaciones strictu sensu sobre la juventud todavía no son numerosas ni sustantivas. Le damos a esta temática un tratamiento más bien ensayístico -en el sentido de juego de ideas- rehusándonos a situarlo en un verdadero contexto de descubrimiento.

En el contradictorio contexto latinoamericano que experimenta por un lado los efectos desorganizadores de la crisis económica y por el otro la estabilización política lograda por la vía aún insuficiente de la democracia electoral, la División de Desarrollo Social de la CEPAL decidió llevar adelante un Seminario para examinar los problemas de la juventud en algunos países del área. Los trabajos presentados en esa ocasión, se refieren a una situación que por lo visto es común a los diversos países de la región: la condición juvenil adquiere nuevos tonos, reitera viejos problemas y asume una dimensión múltiple que todos estos trabajos describen de manera unánime. Es la referencia al fin de un período de modernización y cambio que colocó a la juventud en una situación de nuevas oportunidades y ventajas, que adelante se analizan. La crisis actual genéricamente hablando es una crisis del mundo adulto (aunque no de los adultos), de lo que los mayores hicieron bien o mal, o dejaron de hacer, y cuyos efectos se revierten por momentos, directamente, sobre los que vienen atrás, los que esperan poder integrarse alegremente o con dificultades a un mundo que les parece hoy día estrecho y ajeno.

*/ En este ensayo se presentan algunas reflexiones de conjunto sobre cinco estudios presentados en el Seminario Internacional de Expertos sobre "Juventud en la Cuenca del Caribe: Situación, Perspectivas y Necesidades" realizado en Caracas, Venezuela entre el 3 y 5 de diciembre de 1986, organizado por la CEPAL y el Centro de Estudios del Desarrollo (CENDES) de la Universidad Central de Venezuela.

Los estudios son: "Elementos para caracterizar la cuestión 'juvenil' en Costa Rica (LC/R.502); "Juventud y sociedad en Honduras (LC/R.511) "Informe de la situación de la juventud en Nicaragua (LC/R.548); "Juventud y sociedad en República Dominicana" (LC/R.512); "Juventud y sociedad en Venezuela" (LC/R.509/Rev.1).

Los cinco documentos que conforman esta publicación -así como el conjunto de trabajos publicados en el N° 29 de la Revista de la CEPAL- ejemplifican bien esto que hemos calificado como una múltiple dimensión común. El problema juvenil encuentra su explicación estructural, en el punto de partida, en la forma cómo se desarrolla el mundo adulto, que es en rigor el modo contradictorio de funcionamiento de la sociedad global. El comportamiento de los padres -sus éxitos, fracasos, la violencia de sus vidas, el trabajo, la creación o la derrota- condiciona ciertamente las pesadillas y el sueño de los hijos.

Se produce además de lo señalado, la emergencia de un contexto propio, de necesidades de afirmación y reconocimiento particular para los jóvenes. Son las exigencias propias de una cultura que para funcionar necesita hoy día integrar a su manera pero cada vez más diferenciadamente. Un amplio conjunto de condiciones socioculturales entran a formar parte de la definición existencial del joven. En el inmediato pasado esto no fue así. Los trabajos sobre la juventud padecían tradicionalmente de un reduccionismo al parecer inevitable. Eran estudios sobre la juventud estudiantil, y aún más, sobre el sector universitario. Como objeto de análisis, nada más a la mano del investigador que el agrupamiento social que se encuentra en el aula.

Antes, como ahora, la población juvenil está formada también por otros sectores sociales. Aún siendo mayoritarios eran poco reconocibles. No es casual, sin embargo, que los más pobres sean los más olvidados y que la escasa literatura sobre el tema sólo esté siendo superada lenta y dificultosamente. Los trabajos aquí presentados constituyen avances importantes en la atención a la diversidad de condiciones sociales entre la juventud.

La definición de quién es joven no tiene solamente un valor académico, pero es siempre problemática pues lo que constituye su fundamento, sus características y su dinámica es de naturaleza histórica. Hace casi dos décadas, en un trabajo que sin duda anticipaba el tema, decíamos que el problema de la juventud latinoamericana estaba calificado por "situaciones surgidas en una etapa determinada de la vida durante la cual son decisivas tanto las influencias y orientaciones recibidas de fuera, como la satisfacción a ciertos intereses vitales propios". (Adolfo Gurrieri y Edelberto Torres-Rivas, 1971). Con ello se quería subrayar el carácter dual de la condición joven, no tanto por sus referencias a la niñez y la edad adulta de las que quieren alejarse sino porque en este período son importantes tanto la socialización anticipada en las obligaciones y derechos del mundo adulto como porque éstas generan intereses particulares, propios de la edad y cuya satisfacción resulta decisiva como condición de la integración que viene necesariamente después.

En la perspectiva cambiante de la historia, la cuestión juvenil ha venido constituyéndose de manera distinta. A comienzos de los sesenta, en un penetrante análisis sobre el desarrollo latinoamericano, el maestro José Medina Echavarría propuso la hipótesis de que la juventud latinoamericana podría ser calificada de "perpleja", por comparación en aquel momento con la

"escéptica" juventud alemana y europea. Los vientos del sesenta y ocho no habían soplado todavía con intenciones de huracán y más bien se asistía a la reconstrucción de una sociedad herida profundamente por la guerra. Es decir, lo de perplejidad aludía a elementos de incertidumbre, vacilación o duda relacionada con aspectos de ansiedad que acompañan siempre los procesos inminentes de cambio. El análisis del maestro Medina se hacía en el momento en que América Latina comenzaba ese ciclo de crecimiento que hoy día advertimos como importante y que abarcó en su desarrollo temporal a más de una generación en las décadas de los años 60 y 70.

Tal como lo demuestran los trabajos aquí presentados y más aún la bibliografía existente sobre el tema, las investigaciones sobre la juventud latinoamericana han experimentado, primero, una variación en el enfoque y luego, una ampliación de posibilidades temáticas, con utilización de metodologías que incluyen la encuesta y el trabajo de campo. En relación con lo primero, ya se ha dicho que varió la óptica que identificaba al joven con el estudiante, no tanto porque la relación entre la edad y la dedicación aparecieran asociadas, sino porque como consecuencia de ello, la visibilidad de la condición juvenil resultaba mejor representada y socialmente reconocida en el movimiento estudiantil.

La utilidad de esta 'reducción' ha sido superada al ampliarse los límites conceptuales o definitorios como resultado de los importantes cambios sociales de las dos décadas mencionadas, que constituyen un ciclo de modernización que se va cerrando a comienzos de la década actual. Este aspecto constituye sin duda el aporte más sustantivo de los trabajos que se presentan aquí y a los que habrá que referirse más de una vez en esta presentación.

Las investigaciones sobre el tema, que reiteramos aún no son muchas ni totalmente satisfactorias, admiten una clasificación según se el punto de partida que adopten. En una óptica facilitada por el uso de indicadores cuantitativos, a la juventud se le encuentra, como operación de reconocimiento obvio e inevitable, por su edad. A su existencia biológica como categoría etaria se le encuentra luego una significación sociológica que no resulta de ninguna manera difícil de encontrar. Con un énfasis inicial más atento a los resultados del ciclo de transformaciones estructurales de las últimas décadas, a la juventud se le define como categoría sociocultural, de origen histórico y por ello, con una presencia que no siempre es igual ni en el tiempo en la misma sociedad ni entre países distintos.

En efecto, jóvenes en el sentido biológico-estadístico han existido siempre. En la dimensión sociocultural, no. Hay transformaciones estructurales vinculadas al ámbito de la expresividad cultural, de la sociabilidad intergrupal, del consumo que no tiene que ver con la satisfacción de las necesidades básicas, resultado del crecimiento económico, la diferenciación social y de oportunidades. Es lo que se denomina aún más

imprecisamente que antes, un ciclo de modernización en América Latina. Es este movimiento de la sociedad lo que hace más visible a la juventud y lo que a su vez requiere de una conceptualización más precisa. Como puede deducirse de este enfoque, la vinculación entre teoría social y realidad social es inevitable pero enriquecedora.

Véase por ejemplo, en relación a esta constatación elemental, los diversos y hasta casi opuestos razonamientos que se hacen en los trabajos sobre Honduras y Venezuela aquí presentados. Del conjunto de cinco países que componen el volumen, estos dos países presentan situaciones extremas en el plano del desarrollo social y el crecimiento económico. En el documento de Gabriela Bronfenmajer (Juventud y sociedad en Venezuela) se reconoce la importancia que adquiere la juventud como categoría social diferente como consecuencia de una fase de transición estructural de largo plazo en la que son importantes la modernización de la vida sociedad venezolana y el papel asistencial del Estado. Se trata - según ese trabajo - de una categoría social de constitución reciente en Venezuela, lo que ha estado determinado por las formas de cristalización del ciclo de modernización de que se viene hablando. Guillermo Molina Chocano (Juventud y Sociedad en Honduras), a su vez, precisa en el inicio de su trabajo que el peso cuantitativo que tiene el segmento joven de la población hondureña no se expresa como una categoría social distinta "que se diferencie significativamente del resto de la población típicamente adulta (Molina Chocano).

El supuesto en el que descansan estos análisis distintos corresponde a los cambios experimentados por la sociedad, que por lo visto son mayores en Venezuela que en Honduras, supuesto que alude específicamente a la conceptualización teórica común a ambos, es decir, la constitución de un amplio espacio mesocrático, vinculado aunque no sinónimo de la categoría de clases medias, utilizado para otros propósitos.

2. El espacio histórico de la juventud: semejanzas y diferencias

Es este espacio histórico comparativo en el que se encuentra esta nueva realidad que informa los estudios sobre la juventud latinoamericana. A todos ellos es común un hecho demográfico que al parecer constituye un rasgo estructural de la sociedad subdesarrollada: la existencia de un sector mayoritario joven en el total de la población nacional. De manera aún más precisa, diríamos que lo que en estos trabajos se entiende básicamente como joven -es decir los seres comprendidos entre los quince y los veinticuatro años de edad- es una clasificación que comprende un segmento estadístico y humano respetable, entre el 18 y el 22 por ciento de la población total. Otro problema ya superado por la reiterada utilización de estos límites de edad, es si es o no arbitrario establecerlos utilizando una variable discreta o continua. En todo caso, la mayoría demográfica contrasta con la que existe en los países más desarrollados, en donde la juventud

comprendida en los tramos indicados comprende en los países de la OECD un promedio del 11 por ciento.

Aún más, en cuatro de los cinco trabajos aparece destacado un proceso de rejuvenecimiento poblacional si se atiende al período comprendido entre los censos de 1950 y los que se hicieron alrededor de 1980, así como en las correspondientes proyecciones hasta el año 2000 (CELADE, 1983). Es ésta, como es bien sabido, una tendencia cada vez más débil pero existente y que probablemente tiene límites que están próximos a alcanzarse en los próximos años, pero que contrasta con el 'envejecimiento' que ya constituye un rasgo alarmante de las sociedades postindustriales. No es nuestro propósito ensayar un ejercicio comparativo sobre las ventajas y debilidades de un contexto gerontocratizado. Probablemente las sociedades más desarrolladas pueden atender con ventaja el mantenimiento de una población ya inactiva por vieja, que las subdesarrolladas aseguran las condiciones mínimas de sobrevivencia a una población igualmente improductiva por joven.

El espacio histórico comparativo a que aludíamos, tiene entonces por base una población joven numericamente importante. Son los cambios producidos en el interior de esta población abundante los que interesa reseñar a partir de las investigaciones que se presentan aquí. De nuevo tiene importancia preguntarse quién es joven juntamente con la interrogación de dónde y cuándo lo son. La sociedad cuando se desarrolla -es decir- cuando crece y se diferencia hacia adentro, tiende a prolongar el ciclo de transición entre la infancia y la vida adulta. Ello se produce de múltiples formas, sin posibilidad de encontrar modelo alguno, en función de la historia y la cultura particulares de los diversos agrupamientos humanos. En general, sin embargo, se puede decir que las culturas de base campesina, atrasadas en el sentido de Gerschenkron, comprimen la transición porque se preparan desde la temprana edad para enfrentar responsabilidades y tareas. El ciclo es breve y la juventud no aparece salvo que se le mida con manía estadística y con fobia por la historia.

A su vez, el capitalismo, a medida que se va desarrollando (aún en condiciones de subdesarrollo y dependencia) amplía esta etapa biológica que necesariamente atraviesan todos los seres humanos; el desarrollo de las fuerzas productivas, extraordinariamente dinámico en el centro, reflejo y débil en la periferia, crea las bases para una activa diferenciación de la estructura social y de la cultura, especialmente hoy día, de una cultura de consumo de masas. Este mercado necesita 'crear' su propia demanda, su propia juventud. Con esto no se afirma que el capitalismo produjo la condición juvenil pero sí que le ha permitido vivir su autonomía transicional a través de formas de existencia en que se valoriza el entrenamiento educativo, en que se amplían los horizontes culturales, en las que se cultiva una sensibilidad de grupo que favorece la autoidentidad, antes desconocida, etc. Todo esto no evita, sin duda, la naturaleza contradictoria que oscila entre la omnipotencia y angustia de la

conducta joven, pero con nuevos referentes que las investigaciones aquí presentadas intentan describir.

Para nuestro propósito, la forma histórica en que se procesa el cambio estructural del que venimos hablando, en el que 'aparece' la juventud hoy día está vinculado a la generalización relativa de la educación, al crecimiento de las ciudades y con ello de la vida urbana, el aumento constante, todavía sin límites previsibles, de los medios de comunicación e información de masas, a nuevas oportunidades de empleo propiamente juvenil, al mejoramiento y ampliación de nuevas formas de participación social que tienen que ver con la consolidación variable de procesos democráticos. Este conjunto de rasgos no son nuevos pero aparecen dotados de una dinámica mayor en la postguerra y en especial en las décadas de los años 60 y 70 y están asociados al crecimiento industrial, la modernización de la agricultura, el crecimiento de los servicios y de las funciones del Estado. Todo ello permitió elevar los niveles de vida de la población en general, reforzando aún más aquellos sectores medios que pasaron a ser decisivos en la política, la educación, la conducción empresarial, etc.

Este conjunto de proposiciones generales están desarrolladas más o menos explícitamente en los casos nacionales considerados en los trabajos de los cinco países. Por lo menos en tres de ellos se subraya que los cambios económicos y políticos anteriores al desencadenamiento de la crisis internacional, son los que permiten afirmar, por un lado, que la cuestión juvenil aparece necesariamente vinculada a estos cambios, y que sin la comprensión cabal de los mismos, por el otro, no es posible comprender las modalidades que asumen en cada uno de los países. Roberto Cassá (Juventud y Sociedad en República Dominicana) es probablemente el más enfático al decir que en la República Dominicana es tardía la aparición del problema juvenil y que su emergencia, de manera no convencional sino como un fenómeno nuevo y real, sólo se explica por el desarrollo del capitalismo urbano-industrial de finales de los sesenta. La misma idea de una sociedad en trance de rápida modernización aparece en el trabajo de Torres-Rivas (La Cuestión Juvenil en Costa Rica), cuando se precisan tres condiciones que permiten visualizar un nuevo problema juvenil: su emergencia es sobre todo, del ambiente urbano, citadino; la modernización del estilo de vida acentúa sus efectos sobre todo en los jóvenes de las clases medias y es resultado de un ambiente más participatorio y democrático que "coloca los problemas juveniles en el ámbito público de urgencias" que se deben atender (Torres-Rivas, p.40). Como se verá de inmediato, la experiencia venezolana es similar.

En relación a Nicaragua, los procesos de modernización y cambio fueron parecidos pero condujeron al desencadenamiento de una crisis política antidictatorial, en la que la participación juvenil fue decisiva. Por su carácter particular, se le menciona en la penúltima parte de esta introducción. Detengámonos un momento en los otros ejemplos.

De los cinco casos bajo análisis, Venezuela es sin duda la sociedad más desarrollada. La utilización de la cuantiosa renta petrolera en aumento hasta 1983-1984, estuvo vinculada a una creciente estabilidad política que se alcanzó después de la caída del dictador Pérez Jiménez y a los inicios del bipartidismo político. La transformación de la estructura agraria comenzó en los años '40 y los procesos democráticos a finales de los '50. La generación que nació después de 1960 -es decir, la juventud actual (el 21.2% del total de la población)- constituye una generación particular porque han vivido en el seno de una sociedad que experimentó su ciclo de modernización de una manera rápida y acentuada; son generaciones urbanas que respiraron además los aires de la democratización de sus estructuras políticas.* / En el transcurso de este ciclo, el 80% de la población se hizo urbana y se concentró en ciudades industriales o comercial-administrativas. La expansión de la educación ha sido paralela a este dinámico crecimiento demográfico y económico. En 1950 las tasas brutas de escolarización eran del 51% en la educación primaria, 3% en la media y 1.3% en la educación superior. En 1981, el salto indica que hay un 93% para la primera, un 45% para la educación media y un 20% en los estudios superiores, por lo que Venezuela supera ya a dos países de evolución temprana en la cobertura educativa como Uruguay y Chile.

Y tal como sucede en experiencias de desarrollos económicos recientes, la institución educativa se 'adelanta' en relación a las oportunidades de trabajo productivo o aquellas que se manifiestan en nuevos canales de participación política integradora, por lo que como señala el trabajo de Bronfenmajer la educación ha podido 'compensar' aquellas limitaciones de los órdenes económico y político, funcionando sobre todo como un sistema eficaz de integración de masas y, en general, como un modo de contención de tendencias a la movilización populista y a las opciones insurreccionales que se intentaron, como breves estallidos de violencia, a comienzos de los '60. Tanto la urbanización habida como el aumento de las oportunidades educativas corresponden a un evidente mejoramiento en los niveles de vida de la población. Y con ello, a la ampliación de los estratos medios de la sociedad. Tanto el consumismo como la

* / En todos los casos aquí presentados, no sólo ha habido crecimiento urbano sino que el porcentaje de jóvenes que vive en ciudades o centros urbanos ha ido en aumento y constituye hoy día una proporción mayor. De ahí que es posible decir que la juventud tiende a ser cada vez más urbana en relación a los otros grupos de edad. Por ejemplo, los niños en Nicaragua, Honduras y República Dominicana viven en el campo en su mayoría. Las ciudades tienden a ser sitios de gente joven. La migración, que no es posible analizar aquí, es la causa mayor de este resultado; las tasas de natalidad, además, son mayores en el campo.

difusión de ciertos valores cosmopolitas vinculados a experiencias de sociedades más desarrolladas, han creado eso que llamamos una amplia capa intermedia donde la condición juvenil florece vigorosa.

No es casual tampoco que en la experiencia de República Dominicana, no sólo se hable de la tardía aparición de la cuestión juvenil, sino que ésta se vincule directamente con un sector social: las clases medias. No hay juventud nacional genérica -afirma el trabajo de Cassá- sino una categoría etaria encarnada históricamente en un sector social en un contexto de posibilidades y realizaciones. Ese contexto, al igual que en Venezuela, está signado por las luchas democráticas que se iniciaron con la muerte del dictador Trujillo en 1961, y que alcanzaron su apogeo con la llamada 'Revolución de Abril' de 1965, que trajo consigo la intervención norteamericana. En todos estos hechos y con el advenimiento de una mayor estabilidad democrática, la juventud fue decisiva.

Aunque el ciclo de crecimiento económico no se apoyó en bases tan sólidas como la de un país petrolero, la economía de República Dominicana también atravesó un período de auge en su producción interna industrial y en su comercio internacional. Fue intenso en los años setenta con la ampliación de las exportaciones agrícolas y aún un poco antes y "fue tan acentuado que permitió (entre otras cosas) una absorción del empleo" disponible (Cassá, p.45). También se modificó en términos relativos la vida urbana, el sistema educativo, la competencia política, etc. En 1981, la mayoría de la población (el 52% del total) era urbana reciente, como resultado de intensas migraciones desde el campo hacia los polos urbanos de modernización y crecimiento. El carácter agrario de la sociedad dominicana se ha mantenido a pesar de los cambios habidos y ello explica que el campo retenga aún importantes masas de población.

No obstante lo anterior y paralelo a tales cambios, también aquí la educación conoció un auge importante. Para 1983 ya sólo el 25% de la población mayor de 10 años era analfabeta, y la población menor de 29 años asistía a la escuela en un porcentaje superior al 54%. El período postrujillista fue importante, a pesar de las notorias dificultades heredadas de una fuerte tradición autoritaria, que se resistía a la renovación social y política del país. La juventud fue el sector social más sensible a estos cambios y sin duda, la que vivía en zonas urbanas. Entre 1960 y 1981, la población en el nivel intermedio o secundario de la educación creció de 6.5% a 20.5%; y en el nivel superior, pasó del 0.5% al 3.4%. Sin embargo, en pocos países como en este la segmentación educativa es tan profunda, por las diferencias y desigualdades que separan cada vez más la ciudad y el campo o las que se originan en una estratificación que todavía se apoya en diferencias de color.

Un fenómeno que no se menciona en estos trabajos, y que ya ha sido objeto de numerosas investigaciones, es el de la migración laboral internacional, especialmente hacia los Estados Unidos. En República Dominicana ha sido un fenómeno de masas,

analizado desde diversos ángulos. Una reciente investigación sobre el tema, hecha por Wilfredo Lozano y colaboradores, comprueba que son personas entre los 20 y los 30 años los que constituyen el grueso de la población que sale en busca de nuevas oportunidades de progreso personal. Se trata de jóvenes trabajadores en su mayoría con alguna calificación profesional, que normalmente no regresan al país. Este no retorno está compensado con las llamadas 'remisiones' de dólares al país.

Finalmente, queremos mencionar el ejemplo de Costa Rica, que reúne algunas especificidades notables, aún si no se le compara con el resto de países de Centroamérica. En primer lugar, resalta su larga tradición de vida democrática. Tanto en Venezuela como en República Dominicana -que no pueden, además, compararse entre sí- pareciera que la consolidación de los procesos democratizadores movilizaron como actores políticos a los jóvenes, especialmente los estudiantes. En Costa Rica no fue así ni aún en el período de la llamada 'Revolución del 48', que contribuyó sustantivamente a consolidar el clima democrático. Pero no hay duda que la estabilidad de las instituciones gubernamentales, la ausencia de conflictos polarizados, la naturaleza del Estado, son decisivos en la comprensión y en la constitución de la problemática juvenil. Por ello debe señalarse de manera particular, la aplicación de políticas gubernamentales de manera permanente desde los años '50, para atenuar o disimular las diferencias sociales o para resolver algunos de los problemas más graves de malestar que produce el crecimiento. En este cuadro de políticas sociales aparece la juventud como un destinatario privilegiado.

De las muchas que podrían mencionarse, reiteremos la importancia de la educación, cuya expansión no ocurre como resultado de un 'boom' económico y por lo tanto no puede adscribirse a fenómenos del crecimiento strictu sensu. Se trata de una política de tradición muy larga, aunque no hay duda que junto al crecimiento urbano y demográfico, después de 1970, ocurre una expansión en los recursos del Estado aplicados a la educación. En 1950 la tasa bruta de escolaridad del país sólo era inferior a Argentina, Chile y Uruguay; hoy día supera a estos dos últimos en la educación superior y cuenta con un 11% de analfabetos solamente.

Por la pequeña dimensión del país y seguramente por efecto de las políticas sociales apuntadas líneas arriba, la caracterización de una región como rural, en comparación con el medio urbano, ha perdido relativamente su sentido. En los últimos años casi toda la población de Costa Rica disfruta del mínimo de servicios públicos y de oferta de bienes antes privativos de la ciudad (por ejemplo, luz eléctrica, teléfono, radio, televisión, transporte, hospitales, servicios bancarios, etc.). No hay duda que existe aún una distancia socio-cultural entre lo estrictamente rural y la ciudad de San José, pero ella ha venido disminuyendo en los últimos veinte años porque las vías de comunicación física y los medios masivos de información han terminado con el tradicional aislamiento rural y han cooperado en

la formación de un mercado nacional más integrado. Por ello, el dato estadístico tiene que entenderse a la luz de estas consideraciones, pues sólo el 44.5% aparece como población urbana. Aquí también encontramos un proceso de 'recuperación demográfica' porque a partir de cambios en los sistemas de salud y de prevención, la población joven empezó a crecer en términos relativos. Es previsible, de ser ciertas las proyecciones intentadas, que esta tendencia se altere y a finales de la centuria habría un envejecimiento relativo, aunque el mismo tenga poco que ver con las realidades que hoy día exhiben las sociedades avanzadas. Finalmente, tanto como las sociedades argentina, chilena o uruguaya, Costa Rica ha sido un país de urbanización temprana, de alta esperanza de vida y de un extendido sector social mesocrático.

En resumen, el período de expansión económica después de 1950 asociado al crecimiento urbano, y a la multiplicación de oportunidades de empleo industrial, de estudio, etc., es conocido hoy día como un ciclo de modernización social relevante en toda América Latina. Se le considera como el momento más importante del cambio económico y social habido en la postguerra, con diferencias notables entre países y aunque tales transformaciones estructurales se movieran entre tensiones que crearon o reprodujeron desigualdades sociales junto a esfuerzos por establecer las bases de una democracia política. La estratificación social alteró su perfil en los países analizados, por lo menos, en tres aspectos: disminuyó la importancia del campesinado, aún en Honduras y Nicaragua o República Dominicana, que mantienen aún estructuras agrarias en transición y aumentó el número de obreros agrícolas o personal laboral asalariado; creció la población urbana y con ello la población económicamente activa manual y no manual, reforzándose en consecuencia el proletariado industrial y una población urbana semi-ocupada, que va creando el sector informal de la economía, aún antes de la crisis; finalmente, crecieron los sectores medios, especialmente en Venezuela y Costa Rica, calificados así si se utilizan referentes tales como el tipo de vivienda y el barrio, la educación por el sitio donde se recibe y su naturaleza, las actividades no manuales y el ingreso, el uso de símbolos culturales o valores asociados al consumo suntuario propios de un mercado internacionalizado.

Se creó así un espacio mesocrático complejo, numeroso, múltiple y abigarrado en sus orígenes económicos strictu sensu, y por lo que se ha venido observando, lleno de posibilidades de integración, movilidad y reconocimiento sociales desconocido antes, y con una importancia decisiva en la vida cultural y política de estas sociedades. Por su movilidad y fuerza participativa, estos sectores constituyen el llamado 'público' de la vida social y política, los consumidores del mercado de la cultura. En este espacio, los jóvenes transformaron su mera existencia personal en una presencia colectiva decisiva.

3. Educación, política y familia: aspectos críticos

La pretensión generalizante de algunas proposiciones anteriores pueden complementarse con algunas precisiones particulares, que intentamos a continuación. Dijimos que la educación se expandió en todos los niveles de su estructura institucional y en todos los ámbitos sociales de la sociedad, aunque con diferencias persistentes. El Estado puso énfasis en algunos casos en reforzar la educación primaria, en tanto el sector privado apareció con esfuerzos destacados por ampliar su presencia en la educación superior. La escolarización se ha extendido y se ha impuesto "no sólo como el régimen de introducción a la disciplina del trabajo sino también como introducción al universo de los conocimientos socialmente valorados". (Brunner, 1987, p.8). Las políticas liberales no lograron igualar el llamado a una 'educación mínima, igual para todos' y la masificación de la enseñanza no ha hecho sino subrayar su carácter esencialmente calificador de la estratificación social en proceso de cambio.

Al expandirse el sistema educativo en estos países, polarizó el entrenamiento aún cuando efectivamente se avanzó en la democratización de la enseñanza, en el sentido que más jóvenes accedieron a las aulas. Pero las diferencias a que aludimos no son aquellas que se producen en el interior de los que alcanzaron diversos niveles educativos, hecho que ya por sí mismo es importante; ni tampoco las obvias distancias con los que no alcanzaron ningún nivel y se quedaron en el nivel espúreo de la alfabetización inicial, en el mejor de los casos. El déficit a que aludimos se refiere a la distribución desigual de oportunidades educativas que se originan en la estructura de clases y que termina por reforzar las tendencias existentes a la segmentación del sistema.

Las diferencias de calidad ya existentes en el pasado -entre la escuela rural y urbana, por ejemplo- se reforzaron cuando se produjo la división entre escuela pública o privada. Las diferencias de entrenamiento, la calidad de las exigencias y oportunidades son cada vez más distantes y tienden a subrayar las diferencias ya existentes. Al reforzarlas, el sistema simplemente reproduce en un nivel superior las formas de estratificación previas, o crea nuevas. Esto explica que la masificación mesocrática de la enseñanza superior, como lo señala Brunner, se haya iniciado en el momento en que todavía la mitad de la población mayor de quince años era analfabeta. O que más recientemente se esté ya desarrollando con intensidad el nivel de la educación de postgrado, en tanto la enseñanza primaria es todavía en algunos países incapaz de asegurar un mínimo de escolaridad a todos los jóvenes en edad de recibirla. (Brunner, p.11).

Tal como lo señala uno de los trabajos de esta publicación, está en camino la posibilidad de que aparezcan nuevas desigualdades sociales con el advenimiento de la sociedad de la información. En esta época, que prácticamente ya llegó, la

división no se da en el nivel elemental de los que tienen un conocimiento técnico capaz de ser utilizado o aplicado con el uso de los ordenadores y los que no lo tienen. Una nueva división se está originando entre los que son capaces de manejar una información útil, selectiva y apropiada sobre diversas esferas de la vida científica y los que carecen de ella y se satisfacen con el uso trivial de la computadora, para jugar con ella o volverla una máquina de escribir sofisticada.

Estas referencias no son ni mucho menos intentos de juzgar el sistema educativo, asunto ajeno a esta presentación. Se trata solamente de señalar los efectos de la expansión educativa en la estratificación juvenil, que es la directamente afectada por estos procesos.

Los aspectos críticos que pudieran derivarse de las constataciones anteriores no son presentados explícitamente en los 'papers' que se resumen aquí, sino como realidades inherentes a la expansión educativa en el interior de un sistema que se apoya y requiere desigualdades sociales. Las quejas y reproches van en otra dirección, tienen el sentido de examinar la utilidad política del activismo juvenil en general y de la militancia política estudiantil, en particular. De hecho, en sociedades de tradición autoritaria y todavía retenidos parcialmente en las redes de una cultura tradicional opresiva, son pocas las ocasiones, los sitios o las fuerzas donde pueden articularse las protestas o ejercerse el juego democrático. La universidad y los estudiantes han desempeñado en América Latina un papel protagónico que no es el caso examinar en detalle. Esta referencia tiene sentido porque el joven estudiante encontró en la militancia política una extraordinaria oportunidad de integración sin perder su condición juvenil. Hacer política le permitió definir pautas y valores colectivos que perfilaron su conducta social, la que proyectó hacia afuera del recinto universitario. Hacia la sociedad, donde se encuentran también los adultos. Así, operó como lo dice Cassá en su trabajo, como una categoría ordenadora del surgimiento de la juventud en la escena política nacional.

Estas posibilidades aparecieron en diversos momentos de la historia de los países analizados. Pero en las luchas contra las dictaduras en Venezuela, República Dominicana y Nicaragua fueron los estudiantes las vanguardias cívicas que jugaron con su vida y su carrera profesional los papeles más importantes. La politización estudiantil es una forma de existencia juvenil pero sólo en situaciones coyunturales que por ello pueden ser más o menos breves. Constituyen verdaderas excepciones las situaciones mal llamadas de 'crisis permanente' en el sentido que la resolución de los conflictos se posponen o no pueden alcanzarse indefinidamente. En esos casos, el activismo juvenil es permanente y expresa, a juzgar por experiencias históricas de América Latina, una situación de bloqueo político que sólo el movimiento estudiantil puede sortear.

Cuando las estructuras políticas se democratizan, vale decir, se inicia de diversas formas el juego de partidos, las

elecciones periódicas, el debate parlamentario, la crítica en los medios de comunicación, etc., el descontento y la protesta se canalizan por esas vías y las energías del rechazo encuentran una expresión pública y legal. En tales condiciones la política se hace simplemente, en relación al poder del Estado, desde instancias previstas de la sociedad. De hecho la politización estudiantil, que casi siempre es acompañada por la de otros sectores juveniles, no se genera en el seno de la universidad ni se produce como algunos creen, por la voluntad de un pequeño grupo más activo. Es el resultado de una crisis extramuros, de problemas que afectan a la sociedad y que se reflejan en sectores sensibles y en estado de disponibilidad. Existió en Venezuela, Santo Domingo y Honduras --fue distinta en Nicaragua y no se ha desarrollado así en Costa Rica-- una propensión al 'substitucionismo de clase', en virtud del cual la dinámica del movimiento estudiantil y juvenil aumenta, levanta banderas y reivindicaciones que no le son propias.

En todos los casos bajo análisis, salvo en Nicaragua, asistimos a una despolitización estudiantil y juvenil que por lo demás es de similar pelaje a la que le ocurre a los movimientos estudiantiles de otras partes de América Latina y, ceteris paribus, del resto del mundo. Las quejas que pueden formularse y de hecho aparecen en los trabajos aquí consignados varían en la escala total. Así, por ejemplo, son menores en la experiencia costarricense, donde en 1968-69 se produjo una intensa pero breve agitación juvenil --los llamados 'acontecimientos de ALCOA'-- de carácter nacionalista y popular sobre una concesión internacional. Estas fechas permitieron un activismo estudiantil que marcó la vida política de una importante generación de jóvenes costarricenses. Desde entonces la curva ha venido descendiendo lentamente y desde hace varios años adoptó una posición horizontal: un apoliticismo ramplón, ni siquiera sustituido por una activa participación en la defensa de los estrechos intereses gremiales.

En Honduras, el movimiento estudiantil no experimentó un instante glorioso, como la 'generación de Alcoa' en Costa Rica, sino un largo período de activa presencia en la escena nacional acompañando las protestas campesinas de la década de los setentas, o las luchas por la democracia y la soberanía nacional. Luego, en 1983 un lento declinar resultado, entre otras cosas, de peleas y divisiones internas y un sectarismo que creció junto a su debilidad. La juventud hondureña (Molina Chocano, 1986) ha tenido más posibilidades de reestructurar sus lealtades políticas con el proceso de democratización electoral de los últimos años. Ha enfrentado nuevas y diferentes opciones partidarias, lo cual de todas maneras no explica un inevitable 'proceso de derechización' que además es común en el interior de otras organizaciones populares. La juventud aparece hoy día exhibiendo una ciudadanía pasiva, con melancolía por el pasado.

Las razones del retraimiento y pérdida de protagonismo político de la juventud estudiantil venezolana parecieran ser otras, todas ellas vinculadas con los profundos cambios internos

experimentados por la institución educativa (diferenciación interna, masificación, sistema de cupos limitativos, etc.) y en parte por la crisis teórica y cultural de los paradigmas revolucionarios. Las causas también tienen que ver, como lo establece el trabajo sobre Venezuela, con la desagregación de la actual 'cultura estudiantil', antes más homogénea y por el hecho de que están expuestos a socializaciones diversas, sometidos a esperanzas subjetivas de movilidad educacional/ocupacional también diferentes (Bronfenmajer, 1986). Los jóvenes están presentes, hoy día, pero en el interior de sus partidos políticos.

Pero donde estos rasgos alcanzan el mayor tono de queja es en la República Dominicana, al decir de Cassá. Probablemente el síndrome de domesticación obedezca a las mismas causas de otras latitudes, pero en todo caso el contraste con el pasado -talvez más reciente- es más notorio y golpea más la conciencia o las expectativas del analista adulto: "... la educación universitaria ha dejado de representar un factor positivo en el orden político, intelectual y moral de la población joven, para pasar a encontrarse en una encrucijada ..." Las actitudes contestatarias de la juventud han dejado lugar a un agotamiento del movimiento renovador que democratizó al país ... tras la Revolución de Abril de 1965, pasando a perfilarse un joven caracterizado por la rutina, el conformismo y el bajo nivel cultural (Cassá, vii). Se reconoce, no obstante la dureza de la crítica, que la capacidad mediadora del orden democrático en los conflictos sociales coloca a los jóvenes en otros lugares para su socialización y participación.

De manera igualmente similar se producen en estos diversos países procesos de cambio o transición en el grupo familiar y que afecta directa y profundamente el comportamiento juvenil. La más común de estas modificaciones es la que explica el paso de la familia extensa, patriarcal, autoritariamente integrada, estable y en el seno de una tradición de raíces rurales, a otra, la familia nuclear, con un patrón de relaciones íntimas más laxo y democrático y compartiendo la socialización del niño o adolescente con la escuela, el barrio, los grupos de pares comunes en el medio urbano, etc. El mayor reto viene a ser realmente el poder acomodarse por parte de adultos y jóvenes al desempeño de papeles productivos y culturales inéditos, en el marco de una poderosa tradición contradictoria (matricentrismo/patriarcalismo masculino) resultado de formas de modernización incompletas o débiles.

Justamente el ciclo de modernización de la postguerra, del que hemos hablado ya, por los componentes que lo conforman, tiene influencias que modifican la vida familiar. En los sectores medios y urbanos se generalizó el patrón de familia nuclear moderna, con un debilitamiento de los antiguos factores de cohesión interior. El trabajo femenino en aumento así como la crisis del vínculo conyugal, el debilitamiento de las influencias interiores frente a los efectos de demostración del exterior a la familia, el desorden impuesto por el consumismo, los efectos de

los medios de comunicación de masas, etc., han alterado los mecanismos de transmisión de valores tradicionales como la obediencia cerrada, normas de urbanidad y civismo, el sexo, la religión, etc. Y en el seno de los grupos populares de bajos ingresos, además, se reforzaron las tendencias existentes a la inestabilidad del nexos conyugal, a la frustración del rol del padre de familia como proveedor de sostén económico, al papel femenino como jefe de familia y de las uniones libres pero poco duraderas, al aumento de la violencia inter-personal, etc. En cualquiera de las situaciones descritas, tales fenómenos repercuten de manera bien conocida en la conducta juvenil.

Los trabajos de esta publicación, como muchos otros sobre estos temas, demuestran por un lado una coincidencia en las consideraciones anteriores, pero además, una evidente ausencia de apoyatura empírica en el sentido de falta de datos e informaciones resultado de trabajo de campo, o de investigaciones centradas en la búsqueda de mayor precisión de cuánto sucede -diferencialmente- en la transición modernizante en el seno de la familia tradicional, los problemas de su adaptación a un nuevo clima de exigencias que le permitan asegurar la reproducción física, culturalmente social del grupo; compartir los mecanismos de socialización del niño y del adolescente y continuar siendo base de apoyo emocional y síquico para todos sus integrantes, pero especialmente los que más necesitan de tales 'insumos': los jóvenes.

En República Dominicana, en 1985, por cada dos matrimonios realizados ese año se produjo un divorcio. En 1978, el 20.2% (de un total de 2.3 millones de hogares entrevistados) de las familias venezolanas son estrictamente matrifocales, en tanto en Nicaragua, en 1980, la proporción era de dos jefes de hogar mujeres, solteras y con más de tres hijos, por uno de mujer casada, dirigida y apoyada por el hombre. No tuvimos datos confiables sobre Costa Rica pero las cifras deben ser similares en el medio urbano sobre todo. En Honduras, el 23.1% de los jefes de familia eran mujeres (en los barrios marginales) en 1984 y el 40% de los niños nacidos en ese año fueron 'ilegítimos' o 'naturales', en el absurdo lenguaje que aún califica así en muchos países a los niños registrados sin el nombre del padre. En Venezuela ese porcentaje era del 28.0% en 1978, pero se eliminó ya el criterio de afiliación discriminatoria.

La constitución de un núcleo familiar más o menos inestable con una persistencia de rasgos culturales, cuyo vigor es la consecuencia de componentes socio-económicos que tienden a perpetuarse y/o a agravarse con la crisis económica, es pues común a numerosos países en América Latina. Las dificultades que experimenta la institución familiar son generales a los diversos estratos sociales, pero sus consecuencias son distintas, múltiples y dignas de análisis particularizados. Nos interesa resumir solamente las que se refieren a los grupos menos favorecidos económicamente, tal vez porque aquí el síndrome de la socialización incompleta es más frecuente y está favorecido por

un ambiente exterior que refuerza negativamente los efectos de aquella ausencia.

La situación de los jóvenes de los barrios marginales (para usar una denominación al uso, pero cada vez más imprecisa) es considerada en algunos análisis como una situación de abandono y peligro precoz; aparece en otros trabajos considerada su lugar de habitación como zonas socialmente criminógenas. En la perspectiva de la constitución familiar, se le considera a la misma como "familia de alto riesgo" por que no garantiza ni el desarrollo integral de sus miembros, ni por lo tanto, la incorporación de los jóvenes a la vida social de una manera prevista. La desorganización familiar se traduce en un comportamiento irregular de los hijos, según las normas y leyes de la sociedad. Los trabajos de Costa Rica y Venezuela aportan alguna información factual.

Se trata según se vé, de un fenómeno bien conocido y estudiado y que se conoce como el apareamiento de una "cultura de la transgresión" como lo sugiere el trabajo de Bronfenmajer, porque la conducta juvenil se realiza por momentos más o menos reiterados en el ámbito de lo ilegal, expresión de un comportamiento juvenil individual desadaptado, que lo lleva fácilmente al terreno de la delincuencia (menor, en el inicio), al uso de drogas y estupefacientes, la prostitución y en algunas ocasiones hasta el suicidio. Debe aclararse que estos componentes de la "cultura de la transgresión" no se presentan sólo en los jóvenes de los barrios marginales, o en familias afectadas por la pobreza extrema. Tampoco se presentan aislados. Por ejemplo, la delincuencia juvenil, el pequeño delito callejero, la violencia inter-barrial a veces están acompañados con el consumo de alcohol o drogas, de las que la más usada es la marihuana, por su precio y su oferta nacional.

Los aspectos relativos a la delincuencia y a la prostitución juveniles son mejor conocidos y han merecido no sólo investigaciones especializadas, sino la atención del Estado, o de grupos humanitarios que buscan la prevención y la cura. A partir de informaciones oficiales, ha quedado demostrado que ninguno de los fenómenos de conducta desviada mencionados aquí son estrictamente juveniles. El problema radica en que un porcentaje importante de los castigados por la sociedad, son jóvenes, lo cual revela la existencia de factores criminógenos, deterioro en el control social y en la socialización familiar. Aún más grave por su potencialidad y efectos, es el problema del consumo de drogas, aunque sólo sea por dos razones que se deben mencionar. Uno, por el incremento exponencial en el tráfico, en la oferta y consumo de los últimos diez años. Otro, porque el destinatario de este mercado trágico, de una demanda que crece, son los jóvenes, como lo revelan las experiencias de sociedades próximas a nosotros, donde el público asediado es un público esencialmente joven.

4. Nicaragua: la juventud como fuerza social e ideológica

La experiencia de Nicaragua merece una referencia aparte, porque la condición juvenil en situaciones de crisis total, destaca aquí de una manera desconocida y probablemente única. La base social de la insurrección popular -entre 1978/1979- estuvo compuesta por una muchedumbre heterogénea de jóvenes estudiantes y trabajadores, jóvenes semiproletarios urbanos y otros, salidos de los rincones más oscuros de la estructura social, donde la pobreza era mayor. La condición casi adolescente de los participantes en el asalto final a la dictadura, en los meses próximos a julio de 1979 fue abrumadora. El dato que se registra en el trabajo sobre este país (Vilas, 1984, p.170), con todas las limitaciones de una muestra obligadamente única, revela que más del 70% de los caídos en esa etapa, eran jóvenes entre los 15 y los 24 años de edad, proporción que es casi tres veces más alta que el peso que ese mismo grupo de edad tiene en el total de la población nicaragüense.

Es conocido el papel protagónico de la juventud, antes y después del triunfo sandinista. Se produjo un evidente y veloz cambio de identidad de las clases populares, especialmente las urbanas y más aún, de los jóvenes. Los factores de radicalización y violencia están presentes y son los grupos de menor edad los llamados a recibir y reaccionar frente a ese 'appeal'. La juventud -los compás- ha estado movilizándose de diversas maneras desde las luchas contra Somoza, como estudiantes, hasta la defensa nacional en las milicias sandinistas, en la campaña de alfabetización, en las masivas campañas de educación y salud, desarrollando en cada momento una enorme capacidad de sacrificio.

Lo específico de esta experiencia reside entonces en que la juventud se alimenta de una cultura contestataria que atraviesa verticalmente la estructura social, por lo que el origen de clase no importa como factor objetivo frente a las experiencias de clase, en el seno de factores más subjetivos. Como lo afirma reiteradamente el trabajo sobre Nicaragua, las fuerzas populares -expresión de la Nación concentrada, enfrentando al Estado- tuvieron un origen multclasista, abigarrado, extendido socialmente. Estas fuerzas clasistas heterogéneas están aún hoy día 'cortadas' por la condición juvenil. En otras palabras, la presencia activa de la juventud 'corta' toda la estructura social, que redefine en los diversos frentes de lucha su origen, strictu sensu, de clase.

La juventud constituye en Nicaragua no sólo una fuerza social sino también una fuerza ideológica, por su conciencia política tan reiteradamente puesta a prueba en situaciones límite. El trabajo de las comunidades de base, de la religión popular y de la teología de la liberación tiene que ver con estos resultados. O. Núñez califica esta presencia como una "tercera fuerza" en los procesos de cambio de sociedades como Nicaragua, pues su número va de la mano con su fuerza moral y material, que viene a representar exactamente lo opuesto de una conducta

mercenaria. En este país, la ciudadanía política fue otorgada a los jóvenes mayores de dieciseis años. Los problemas comunes a esta edad, analizados para los otros países, no están sin duda ausentes (educación, trabajo, tiempo libre o las llamadas formas de transgresión, etc.), pero no se tiene ni la información suficiente ni constituyen un elemento definitorio del llamado problema juvenil.

Para terminar esta breve referencia a Nicaragua, habría que decir que la coyuntura actual, marcada por el incremento de una guerra civil alentada por poderes exteriores, ha creado una situación de grave retroceso en las condiciones de vida de la población, surgiendo problemas insuperables para el estudio y el trabajo juvenil, y aún para la elemental sobrevivencia personal. El clima de deterioro económico y social afecta gravemente a la población más pobre; los jóvenes de clase media, en alguna medida, se resistieron al llamado para el servicio militar. No obstante, la participación juvenil se mantiene. Se sabe bien que sólo la paz, la democratización en camino y nuevos esfuerzos en el ordenamiento interno económico, podrán deparar un futuro menos incierto para la nueva generación que ya crece en este país.

5. La internacionalización de la cultura juvenil

Finalmente, hagamos algunas consideraciones breves sobre un tema que alienta cuatro de los cinco trabajos y que tiene particular importancia a medida que el crecimiento económico estuvo acompañado de desarrollo social y cultural. Son los aspectos relativos al uso del tiempo libre y a formas novedosas de relacionamiento social resultado de la difusión internacional de una cultura de masas, cosmopolita y que se apoya en el uso de símbolos, valores y bienes que se adquieren en el mercado, y que conforman una contra-cultura frente al mundo adulto. Probablemente esto está relacionado con la complejización de las esferas privadas y la normalización compulsiva del ocio en una búsqueda a veces desafortunada del placer, en la indagación de lo nuevo como valor en sí mismo. La sensibilidad de los jóvenes, especialmente en los sectores medios y en sus alrededores, es estimulada por una cultura importada, que como la música ha terminado por convertirse en un factor de movilización colectiva, de socialización en nuevos lenguajes y estilos de relación social.

No se trata, obviamente, de la polémica de la post modernidad, sino justamente de los efectos de corrientes modernizadoras en ámbitos culturales receptivos tradicionales, que tienen que ver con cambios en las formas de expresividad y valoración de la vida estética, de las conductas éticas, de la militancia política y sobre todo, del uso del tiempo libre, tan importante en el joven. Ya no sólo es el aspecto del deporte, sino de la utilización del tiempo en otras formas de organización colectiva en las que operan formas que cambian vertiginosamente como en el vestir y bailar, el uso de nuevos espacios para el desarrollo de esa subcultura que incluye nuevas maneras de asumir

el papel sexual, las estrategias del 'flirt', del amor, del matrimonio. En esta subcultura, es importante el apareamiento de la mujer que en el ambiente machista tradicional no 'existía'.

Esta internacionalización de la cultura juvenil cosmopolita y su socialización en los nuevos códigos culturales obliga -o permite- una reclasificación social que ya no corresponde a los meros determinantes estructurales. Quiere afirmarse con esto que la difusión de los 'media' facilita una homogeneización en esta contracultura de jóvenes portadores o pertenecientes a otros status sociales, extendiendo el ámbito de su existencia. Lo que es novedoso y con ello, sobredeterminante, es que la difusión de estos valores sociales, el uso de tales símbolos, forman parte de una cultura de consumo y uso públicos, al que cualquiera que pueda accede fácilmente. La participación colectiva en el uso de esta oferta cultural define hoy día en buena porción la condición juvenil, produciéndose así un aparente ensanchamiento de la franja social donde ser joven es parte de la posición que se ocupa sin que tal posición tenga que ver con el origen mismo. Lo que se viene afirmando no es que el joven actual, en Venezuela o Costa Rica, Honduras o Santo Domingo tengan un comportamiento diferencial profundo con sus adultos (diferencias que siempre existieron), sino que tales distancias son comparativamente importantes con los jóvenes de la misma edad de las generaciones anteriores. En breve, la modernización experimentada en décadas pasadas, creó una nueva condición juvenil.

Parte de esta condición alimenta, como quedó dicho, una profunda despolitización, que no es desinterés en las cosas de la vida sino interés en otras. Sin embargo, hay aquí un trecho de realidad que no ha sido suficientemente analizado. Hay un repliegue que para unos es un confinamiento al narcisismo, para otros una condición de exasperación, agravada por la crisis económica. Las diversas razones que tienen que ver con la nueva sensibilidad cultural, la problematización de los espacios privados de la vida, etc., "ha conducido a los jóvenes al escepticismo y al cinismo ..." (Bronfenmajer, 113). "A su vez, las redefiniciones del cambio y la modernización, no han dejado de estar caracterizadas por actitudes de conformismo o hasta cinismo que han coadyuvado a que las actitudes de los jóvenes sean mucho más desarticuladas ..." (Cassá, 64).

¿Se podrá hablar efectivamente de una ausencia de perspectivas éticas y políticas en la nueva generación? No habría que olvidar que la crisis económica está acompañada con fenómenos generalizados de desconfianza, escepticismo y desesperanza. La naturaleza de esa crisis, desconocida por ésta y las anteriores generaciones latinoamericanas es sin duda mayor en los países de Centroamérica y el Caribe. El conocimiento de sus efectos sociales y culturales, la dimensión personal de la vida, no pueden estar ajenas en la cabal comprensión del problema juvenil hoy día.

BIBLIOGRAFIA

- Bronfenmajer Gabriela, Juventud y sociedad en Venezuela, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.504/Rev.1, 1986.
- Brunner José Joaquín, ¿Existe realmente la postmodernidad?, documento de trabajo presentado a la Reunión del XX Aniversario de CLACSO, Buenos Aires, Argentina, 1987.
- Cassá Roberto, Juventud y sociedad en República Dominicana, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.512, 1986.
- CELADE, Estimaciones y proyecciones de población, diversos documentos publicados en Costa Rica y Santiago de Chile, 1983-1984.
- CEPAL, "La juventud en América Latina y el Caribe", Estudios e Informes, N° 47, Santiago, Chile, 1985.
- Gurrieri Adolfo y Torres Rivas Edelberto, Estudios sobre la Juventud Marginal Latinoamericana, México, Siglo XXI, 1971.
- Molina Chocano Guillermo, Juventud y sociedad en Honduras, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.511, 1986.
- Torres-Rivas Edelberto, Informe de la situación de la juventud en Nicaragua, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.548, 1986.
- Torres-Rivas Edelberto, Elementos para caracterizar la cuestión 'juvenil' en Costa Rica, División de Desarrollo Social de la CEPAL, LC/R.502, 1986.
- Vilas Carlos, Perfiles de la Revolución Sandinista, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1984.